

pasos »; donde se prohíbe á los maestros « familiarizarse » con los alumnos, « nivelarse con ellos como lo podrían hacer riéndose... » Pero, cualquiera que sea la diferencia que separa esas tristes casas escolares de nuestro ideal moderno, de la escuela alegre, activa, animada, tal cual hoy la soñamos, no debe dejarse por ello de elogiar á La Salle por sus esfuerzos, perdonarle tendencias que eran las de su época y admirarle por cualidades que eran sólo suyas. La crítica verdaderamente fecunda es la que sobre todo se dedica al bien, sin sutilizar sobre el mal.

LECCIÓN XIII

ROUSSEAU Y EL EMILIO

La pedagogía del siglo décimo octavo. — Los precursores de Rousseau. — El abate de Saint-Pierre. — Otros inspiradores de Rousseau. — Publicación del *Emilio* (1762). — Rousseau como pedagogo. — Principios generales del *Emilio*. — Su carácter romanesco y utópico. — División de la obra. — Los dos primeros libros: educación del cuerpo y de los sentidos. — Dejar obrar á la naturaleza. — El amamantamiento materno. — Educación negativa. — El niño tiene derecho á la felicidad. — El tercer libro del *Emilio*. — Elección en las cosas por enseñar. — El abate de Saint-Pierre y Rousseau. — Emilio á los quince años. — Educación de la sensibilidad. — El cuarto libro del *Emilio*. — Génesis de los sentimientos afectuosos. — Educación moral. — Educación religiosa. — *La Profesión de fé del vicario saboyano*. — Sofía y la educación de las mujeres. — Juicio general. — Influencia de Rousseau.

La pedagogía del siglo décimo octavo. — Lo que desde luego llama la atención en los caracteres generales de la pedagogía del siglo décimo octavo en Francia, es que el espíritu laico bate en brecha y con fuerza al espíritu eclesiástico. ¡Qué contraste entre los obispos preceptores del siglo diez y siete y los filósofos pedagogos del diez y ocho! Los jesuitas, todopoderosos bajo Luis XIV, van á ser desacreditados, condenados y expulsados, por último, en 1762. Los primeros papeles en la teoría y en la práctica pertenecerán á los laicos. Rousseau va á escribir el *Emilio*. D'Alembert y Diderot serán los consejeros pedagógicos de la emperatriz de Rusia. Los parlamentarios, La Chalotais, Roland, se esforzarán por sustituir á la acción de los jesuitas la acción del Estado, ó al menos de uno

de los poderes del Estado. En fin, con la Revolución, el espíritu laico acabará por triunfar.

Por otra parte, la pedagogía del siglo décimo octavo se distingue por sus tendencias críticas y reformadoras. En general, el siglo de Luis XIV es un siglo de satisfechos : el siglo de Voltaire, un siglo de descontentos.

Además, el espíritu filosófico que liga la teoría de la educación á las leyes del espíritu humano ; que no se contenta con modificar la rutina con algunas mejoras en el detalle ; que establece principios generales y sueña con la perfección ideal, el espíritu filosófico, con sus cualidades y con sus defectos, se hará público en el *Emilio* y en algunos otros escritos de la misma época.

En fin, y este último carácter no es sino consecuencia de los otros, la educación tiende á hacerse nacional á la vez que humana. La preparación para la vida reemplaza á la preparación para la muerte. Durante todo el siglo diez y ocho se elaboró una idea, que pondrán á toda luz los hombres de la Revolución ; la idea de una educación pública, nacional, que forme ciudadanos, que trabaje por la patria y por la vida real.

Precursores de Rousseau. — El mayor acontecimiento pedagógico del siglo décimo octavo, antes de la expulsión de los jesuitas y de las obras de la Revolución francesa, fué la publicación del *Emilio*.

Rousseau ocupa, sin disputa, el primer lugar entre los iniciadores de la pedagogía francesa, y su influencia se extenderá al exterior, sobre todo á Alemania. Pero cualquiera que sea la originalidad del *Emilio*, su sistema no es una inspiración de genio, que no tuviese su preparación. Tuvo sus precursores y se aprovechó de sus trabajos. Un benedictino que hubiera podido emplear mejor su trabajo escribió un libro sobre los *Plagios de J.-J. Rousseau* (1). No pensamos tratar á Rousseau de plagiarío : tiene inspiración propia, y atrevimiento de inventiva : pero por muy novador que sea se inspiró en Montaigne, en Locke, y sin

(1) Dom Joseph Cajet, los *Plagios* de J.-J. Rousseau de Ginebra sobre la educación, 1768.

hablar de estos grandes maestros á quienes ha imitado con frecuencia, ha tenido antecesores inmediatos, cuyas ideas en ciertos puntos están conformes con las suyas.

El abate de Saint-Pierre (1658-1743). — Entre los precursores de Rousseau es preciso contar en primera línea al abate de Saint-Pierre, espíritu soñador, caprichoso, más bien formado para excitar curiosidad que para merecer admiración y á quien el mismo Rousseau llamaba « hombre de grandes proyectos y de pequeñas miras ». Sus proyectos eran grandes, efectivamente, cuando menos por su número : entre « un *proyecto* para hacer más útiles los sermones » y « un *proyecto* para hacer más practicables los caminos », se colocan en su obra incoherente y variada diferentes *proyectos* para perfeccionar la educación en general, y en particular la educación de las jóvenes.

La idea dominante del abate de Saint-Pierre es el cuidado de la educación moral. Á medida que avanzamos hacia la era de la libertad, debemos notar en los pedagogos una preocupación creciente por el desarrollo de las virtudes morales.

El abate de Saint-Pierre pide al hombre cuatro cualidades esenciales : la justicia, la beneficencia, el discernimiento de la virtud ó el juicio y por fin la instrucción, que no coloca sino en último lugar. Vale más la virtud que la ciencia del latín :

« No es posible decir que no sea una buena costumbre el conocimiento profundo de la lengua latina, pero, para adquirir este conocimiento es preciso emplear un tiempo que estaría incomparablemente mejor empleado en adquirir una gran costumbre en la observación de la prudencia. Los que presiden la educación hacen una malísima elección empleando diez veces más tiempo para hacernos sabios en la lengua latina y empleando diez veces menos para darnos una gran costumbre en la prudencia (1). »

¿ Cuáles son, por lo demás, los medios propuestos por el abate de Saint-Pierre ? Todo lo inventado por

(1) *Obras varias*, tomo I, p. 12.

él para organizar la enseñanza de las virtudes sociales se reduce á hacer leer historias edificantes, en hacer representar escenas de virtud y en ejercitar á los jóvenes á que cumplan en plena clase actos de virtud. Ya que las lecciones hayan sido recitadas y corregidos los temas escritos, dirá el maestro al discípulo : « Haga usted un acto de prudencia, ó de justicia ó de beneficencia. » Esto es más fácil de decirse que de hacerse. La vida de colegio no da lugar para la aplicación de las virtudes sociales.

Pero es preciso abonar al abate de Saint-Pierre, sus buenas intenciones. Es necesario también señalar sus miras utilitarias y prácticas. Fué el primero que se preocupó en nuestro país de la enseñanza profesional. Las artes mecánicas, las ciencias positivas, el aprendizaje de los oficios : he allí lo que puso por encima del estudio de las lenguas. Al derredor de su colegio y en su propio colegio habrá molinos, imprentas, instrumentos de agricultura y de jardinería, etc.

¿No es asimismo una idea muy nueva, á la vez que muy justa, la del establecimiento de una *oficina perpetua* de instrucción pública, especie de consejo permanente encargado de reformar los métodos y de establecer, tanto cuanto sea posible, la uniformidad en todos los colegios del reino ?

Por último, elogiaremos al abate de Saint-Pierre por haber hecho resaltar con insistencia la necesidad de la educación de la mujer. De Fenelón al abate de Saint-Pierre, de 1680 á 1730, la cuestión alcanzó un gran progreso. Creeríase ya oír á Condorcet cuando se lee lo siguiente :

« Es necesario tener como fin el instruir á las jóvenes en los elementos de todas las ciencias y de todas las artes que puedan entrar en la conversación común, y aun en varias cosas que se refieren á las diversas profesiones de los hombres, en la historia de su país, geografía, leyes de policía, principales leyes civiles, CON EL OBJETO DE QUE PUEDAN OIR CON PLACER LO QUE LES DIGAN LOS HOMBRES, preguntarles cosas á propósito y sostener más fácilmente una conversación con sus maridos sobre los acontecimientos diarios de sus empleos. »

Para alcanzar más pronto su objeto, el abate de Saint-Pierre, adelantándose á los siglos, pedía para las mujeres establecimientos nacionales, colegios de enseñanza secundaria. No vacilaba en enclaustrar á las jóvenes en internados y en internados sin vacaciones y suplicaba al Estado que organizase cursos públicos para las que, decía, « son en la sociedad la mitad de las familias ».

Otros inspiradores de Rousseau. — Con el siglo diez y ocho comienza para el pensamiento moderno, en pedagogía como en todo lo demás, una era de relaciones internacionales, de imitación recíproca, de acción y de reacción de pueblo á pueblo. El siglo décimo séptimo francés ignoró, casi absolutamente, á Comenius. Rousseau conocía á Locke y también al holandés Crousaz (1), á quien por lo demás trata bastante mal : « el pedante Crousaz, » dice.

Y sin embargo, Crousaz había tenido algunas ideas buenas : criticaba los antiguos métodos que erigen en « capital educación la enseñanza del latín y del griego » y preconizaba la enseñanza científica y la educación moral.

El abate Pluche pedía también, en el *Espectáculo de la Naturaleza* que tanta boga tuvo en su época, que se abreviase el estudio de las lenguas muertas (2) :

« La experiencia de la lastimosa latinidad que reina en los colegios de Alemania, de Flandes, de Holanda y en todos los lugares donde se ha establecido la práctica de hablar siempre latín, basta para hacernos renunciar á este hábito que impide á los jóvenes hablar correctamente su propio idioma. »

El abate Pluche pedía que se emplease el tiempo ahorrado en el latín, en practicar las lenguas vivas. Por otro lado, insistía sobre la educación de la primera edad y bajo este punto de vista completaba á su

(1) DE LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS. *La Haya 1722*. PENSAMIENTOS LIBRES SOBRE LAS INSTRUCCIONES PÚBLICAS DE LOS COLEGIOS. *Amsterdam, 1727*.

(2) ESPECTÁCULO DE LA NATURALEZA. *París, 1732, vol. IV. Plática sobre la educación.*

maestro Rollin que, según decía, escribió « más para la perfección que para el principio de los estudios ».

Otros varios escritores pudieron también sugerir á Rousseau algunas de las ideas que desarrolló en el *Emilio*. Antes que él, La Condamine calificaba las *Fábulas de La Fontaine* superiores al alcance de los niños (1). Anterior á él, Bonneval preocupándose demasiado con la educación física, criticaba acerbamente el uso de los pañales y reclamaba para el niño la educación de los sentidos. Pedía, además, que en los primeros años se limitasen á separar de la imaginación infantil las malas impresiones y que se retardase la iniciación en las verdades religiosas.

Encontraremos en el *Emilio* todas estas ideas, ya bosquejadas, tomadas y desenvueltas con la potencia y el brillo del genio, á veces transformadas en paradojas estrepitosas, pero en ocasiones convertidas en verdades sólidas y definitivas.

Publicación del Emilio (1762). — Rousseau planteó brillantemente todos los problemas de la educación, resolviéndolos á veces con sabiduría y siempre con originalidad.

Publicado el *Emilio* en 1762, en los momentos en que desterraba el Parlamento á los jesuitas de Francia, llegaba oportunamente en el gran desbarajuste de la rutina y de la tradición, para abrir á la humanidad esperanzas nuevas y para anunciar el advenimiento de la razón filosófica al arte de educar á los hombres. Pero cuando Rousseau escribía su libro no pensaba en los jesuitas, de los que ni siquiera habla; trabajaba, no en bien del hombre del presente sino por el porvenir de la humanidad; componía un libro eternamente vivo, mitad novela, mitad tratado, y que es el mayor monumento del pensamiento humano en materia de educación. El *Emilio*, en efecto, no es una obra de polémica efímera, ni un simple manual práctico de pedagogía; es un sistema de educación general, un tratado de psicología y de moral pedagógica, un análisis profundo de la naturaleza humana.

(1) CARTA CRÍTICA SOBRE LA EDUCACIÓN. París, 1751.

¿Estaba Rousseau preparado para ser pedagogo? — Antes de abordar el estudio del *Emilio* es conveniente preguntarse cómo había sido preparado su autor, así por su carácter cuanto por su existencia, para llegar á ser pedagogo. No ofrece la historia de las letras francesas nada que sea más extraordinario que la vida de Juan Jacobo Rousseau. Todo es extraño en el destino de este desgraciado grande hombre. Rousseau cometió, sobre todo en su juventud, grandes faltas; pero en otros momentos de su vida es casi un sabio, un héroe de virtudes privadas y de valor cívico. Ha pasado por todas las aventuras, por todos los oficios. Sucesivamente obrero, lacayo, charlatán, preceptor, vivió en desvanes de á sueldo; pasó muchos días quejándose de que el pan fuese tan caro. Y al través de todas esas miserias y esas humillaciones se formó una alma hecha, antes que de otra cosa, de sensibilidad y de imaginación.

La sensibilidad de Rousseau era extremada. El niño que, maltratado injustamente, experimentaba una de esas rabias tan violentas que describió perfectamente bien en sus *Confesiones*, y que se retorcía sobre su lecho durante una noche entera gritando: *¡ Carnifex! ¡ carnifex!* no era seguramente un niño del común. « Aun no tenía idea alguna de las cosas cuando ya me eran conocidos todos los sentimientos. Aun no había concebido nada cuando ya todo lo había sentido. » La representación de *Alzira*, por mediana que fuese, le ponía fuera de sí, y renunciaba á ver representar tragedias por temor de caer enfermo.

El sentimiento de la naturaleza le inspiró desde temprano una pasión que no debía extinguirse. Su optimismo filosófico y su fé en la Providencia no se desmintieron jamás. Llenaban su alma otros sentimientos generosos y puros. El estudio de Plutarco le había inspirado gusto por las virtudes republicanas y entusiasmo por la libertad; la mentira le causaba verdadero horror y poseía en alto grado el sentimiento de la equidad. Más tarde se unió en su corazón al odio de la injusticia, implacable resentimiento contra los opresores del pueblo. Sin duda recogió el primer germen de ese odio cuando, en el camino que recorrió

á pie viajando de París á Lyon, entró en la cabaña de un pobre aldeano y encontró en ella, reunido como en un solo cuadro, el conmovedor compendio de las miserias populares.

Á la vez, leía sin descanso; se nutria en los poetas, en los historiadores, en los filósofos de la antigüedad; estudiaba matemáticas y astronomía. Como él lo dijo: « Esa vida de lectura y de trabajo interrumpida por tantos incidentes novelescos y por tantas aventuras avivaba la imaginación mucho mejor que un curso regular de estudios en el colegio de Plessis. »

Y así fué cómo se formó su genio literario y por consiguiente su genio pedagógico. No debe buscarse en la vida de Rousseau preparación directa alguna para la composición del *Emilio*. Es verdad que por algún tiempo había sido preceptor, en 1739, en la familia de Mably, pero renunció bien pronto esas funciones en que no tenía éxito. Un escrito corto que compuso en 1740, *Proyecto para la educación* de M. de Sainte-Marie no revela gran originalidad. Por otra parte, Rousseau que tanto gustaba observar á los niños, no pudo, ¡ay! observar sino á los hijos de otros. ¡Nada más triste que la página de las *Confesiones*, donde refiere que se asomaba á menudo á la ventana para presenciar la salida de la escuela y para escuchar las conversaciones de los niños, observándolos furtivamente!

El *Emilio* es, por lo tanto, no el resultado de paciente inducción y de verdadera experiencia, sino obra de la inspiración, brillante improvisación del genio.

Principios generales del Emilio. — Dominan en la obra determinado número de principios generales que le dan un aspecto sistemático, un carácter absoluto.

Desde luego la idea de la inocencia, de la perfecta bondad del niño. El *Emilio* empieza con esta solemne declaración:

« Todo es bien al salir de manos del autor de las cosas: todo degenera al caer en las manos de los hombres. » Y más lejos:

« Sentemos como máxima incontestable que los primeros movimientos de la naturaleza son siempre rectos: en el corazón humano no existe perversidad original. »

Sin duda, sobraba razón á Rousseau cuando combatía el pesimismo de los que ven en el niño un ser malo de raíz y degradado antes de nacer. Pero también se equivoca cuando afirma que en la naturaleza humana no hay ningún germen del mal.

La sociedad, dice, es mala, está corrompida; de ella dimana todo el mal; de su perniciosa influencia es necesario preservar el alma del niño. Pero, nosotros á nuestra vez diremos, ¿ cómo se ha dañado y viciado la sociedad por sí misma? No siendo más que la colectividad de los hombres, si los individuos son inocentes, ¿ cómo puede el conjunto ser malo y perverso? Pero dejemos en ese punto las contradicciones de Rousseau; lo importante es hacer notar que de su optimismo se derivan los caracteres esenciales de la educación que sueña para Emilio. Esta educación será simultáneamente natural y negativa:

« Emilio, dice M. Greard, es un niño de la naturaleza, educado por la naturaleza según las reglas de la naturaleza, para la satisfacción de las necesidades de la naturaleza. No está este sofisma puesto por casualidad al frente del libro; es el alma de éste y debido á ello se vé que, separado del conjunto de reflexiones y de máximas que le dan tan poderoso interés, el plan de educación de Rousseau no es más que una peligrosa quimera. »

Rousseau condena sin excepción todo lo instituido por la sociedad, como ficticio y como artificial. Desdeña las convenciones de uso; pone á Emilio en la escuela de la naturaleza y le educa casi como salvaje.

Por otra parte, la educación de Emilio es negativa, cuando menos hasta los doce años; es decir que Rousseau deja siempre obrar á la naturaleza. Para quienes creen que la naturaleza es mala, la educación debe ser una obra de compresión y de represión. Pero si la naturaleza es buena, la educación consiste sencillamente en dejarla obrar libremente. Preservar al niño del choque de las opiniones, levantar desde muy

temprano una muralla al alrededor de su alma, asegurar el libre desarrollo de sus facultades contra toda influencia exterior, tal es el objeto que es preciso proponerse.

Otro de los principios generales del *Emilio*, otra verdad, que transforma en error, el espíritu paradójico de Rousseau, es la idea de la distinción de las edades :

« Cada edad, cada estado de la vida tiene su perfección conveniente y una especie de madurez que le es propia. Con frecuencia oímos hablar del hombre ya hecho; pero consideremos un niño formado. Este espectáculo será más nuevo para nosotros, pero no por ello será menos agradable. »

« No se conoce absolutamente á la niñez: apoyándose en las falsas ideas que se tienen, mientras más nos apoyamos en ellas más nos extraviamos. Los más sabios se aferran en lo que importa saber á los hombres, sin considerar lo que los niños están en aptitud de aprender. Buscan siempre al hombre en el niño sin pensar en lo que es antes de ser hombre. »

Hasta aquí todo está bien; de esas observaciones emana una educación progresiva que se ajusta exactamente en sus exigencias sucesivas, al progreso de las facultades. Pero Rousseau no se detiene en el camino, y pasa sobre la educación progresiva para recomendar una educación fragmentada, en cierto modo, que aísla las facultades para desarrollarlas una después de otra; que establece una línea de separación absoluta entre las diferentes edades, y que, por último, distingue en el alma diversos compartimientos. En este punto, el error de Rousseau consiste en olvidar que la educación del niño debe preparar la educación del joven. En lugar de considerar las diferentes edades como los distintos anillos de una misma cadena, los separa radicalmente uno de otro. « No admite esa maravillosa unidad del alma humana que en el hombre no aparece tan fuerte sino porque Dios, en el niño, ha tejido por decirlo así, y ha apretado el lazo. » (M. Greard.)

Carácter novelesco del Emilio. — Es necesaria una última observación antes de entrar en el estudio

del *Emilio*: la de que Rousseau, en ésta como en sus otras obras, no sufre al singularizarse, al romper abiertamente con las ideas recibidas. No iremos, sin duda, hasta decir con ciertos críticos que el *Emilio* es más bien un entretenimiento del espíritu que la expresión seria de un pensamiento grave y sincero: pero en lo que sí es imposible no concordar es en lo que Rousseau confiesa en su *Prefacio*: « Se creará leer los sueños de un visionario y no un tratado de educación. » Emilio es, en efecto, un ser imaginario á quien coloca Rousseau en condiciones extrañas: no le da padres, y le hace educar, por un preceptor, en el campo, lejos de toda sociedad. Emilio es un personaje de novela más aún que un ser real.

División de la obra. — Hay en el *Emilio* dilaciones y digresiones que hacen más agradable su lectura y más difícil su análisis. Pero, á pesar de todo, el autor se ha sujetado á un plan metódico ó al menos á un orden cronológico. Las diferentes edades de Emilio son las que sirven de principio para la división de la obra. Los dos primeros libros tratan especialmente del niño y de la primera edad de la vida hasta los doce años. En ellos no se habla sino de la educación del cuerpo y del ejercicio de los sentidos. El libro tercero corresponde al período de la educación intelectual, de los doce á los quince años. En el cuarto, Rousseau estudia la educación moral, de los quince á los veinte años.

Por último, el libro quinto, en el que se acentúa aun más el espíritu novelesco, está consagrado á la educación de la mujer.

Los dos primeros libros del Emilio. — Sería inútil buscar en esta primera parte del *Emilio*, preceptos relativos á la educación del espíritu y del corazón. Rousseau, en los doce primeros años de la vida del niño, ha eliminado premeditadamente, todo lo relativo á la educación y á la disciplina moral. A los doce años sabrá Emilio correr, saltar, apreciar las distancias; pero será un ignorante perfecto. El ideal consistiría en no haber estudiado nada absolutamente y « en no saber distinguir la mano derecha de la izquierda ».

Durante este primer período, el carácter exclusivo

de la educación de Emilio es pues la preocupación del desarrollo físico, del ejercicio de los sentidos.

En medio de grandes errores vamos á ver brillar relámpagos admirables de talento, grandes verdades inspiradas por el principio de la naturaleza.

Dejar que obre la naturaleza. — ¿Qué quiere la naturaleza? Quiere que el niño se mueva con entera libertad, que nada estorbe la actividad naciente de sus miembros. ¿Qué es lo que se hace? lo contrario: se le faja, se le aprisiona; los pañales muy apretados le deforman: ¡primeras cadenas que se ponen á un ser que tendrá que soportar tantas después! En esta materia no se agota el mal humor de Rousseau. Prodigas los arranques, ora espirituales y á ocasiones ridículos:

« Parece, dice que hay temor de que el niño dé á conocer su vida. » — « El hombre nace, vive y muere en la esclavitud; cuando nace se le enreda en pañales; cuando muere se le clava en el ataúd; y mientras conserva la figura humana, se le encadena con nuestras instituciones!

No haremos hincapié en las singularidades de un lenguaje que transforma en instituciones el ataúd y los pañales. Las protestas de Rousseau han contribuido á reformar el uso de éstos. Pero aun en los mismos puntos el autor del *Emilio* se extravía, con todo y su gran principio de que es necesario referirse á la naturaleza, porque la naturaleza hace bien todo lo que hace. La naturaleza no puede bastarse á sí misma para el cuerpo como tampoco para el alma: necesita socorros y una asistencia vigilante. Se requieren sólidas ligaduras para impedir los movimientos muy vivos, las desviaciones peligrosas del cuerpo; lo mismo que, más tarde, se requerirá una autoridad moral fuerte para moderar y refrenar las pasiones del alma.

Amamantamiento materno. — Pero hay otro punto en el que ha llegado á ser trivial el elogio hecho á Rousseau y para el que deben ser aceptadas sin restricción sus lecciones. Y es cuando se levanta enérgicamente contra el uso de las nodrizas mercenarias

y cuando, con elocuencia, recuerda á las madres los deberes del amamantamiento. Si no hay madre no hay hijo, dice Rousseau, y agrega: sin madre no hay familia. « ¿Deseáis sujetar á todos á sus primeros deberes? Comenzad por las madres: os admiraréis de los cambios que se producen por este medio... » Sería caer en repeticiones ociosas exponer, después de Rousseau, después de tantos otros, las razones que militan para la crianza maternal. Notemos únicamente, que Rousseau insiste en ella por motivos morales, sobre todo; no nada más la salud del niño, la virtud también, la moralidad de la familia, la dignidad del hogar doméstico es lo que quiere defender y asegurar. Y, en efecto, ¡cuántos deberes prepara y facilita el cumplimiento de un primer deber!

Endurecimiento del cuerpo. — Hasta aquí, han sido provechosas para Rousseau las lecciones de la naturaleza. Tiene aún razón cuando quiere que Emilio se acostumbre á los trabajos, se endurezca en las privaciones; que se habitúe desde temprano al dolor, que sepa sufrir. Pero desde el estoicismo cae Rousseau, con rapidez, hasta el cinismo. El desprecio del dolor se convierte en el desprecio de las conveniencias. Emilio será un descalzo como Diógenes. Loke concede á su discípulo zapatos muy delgados. Rousseau, encariéndolo más, suprime completamente el calzado. Asimismo suprimiría gustoso todos los inventos de la civilización. Emilio acostumbrado á andar en la oscuridad no tendrá necesidad de velas: « Prefiero á Emilio con ojos en la punta de sus dedos á verle en la tienda del velero. » Todo esto provoca á risa; pero he aquí algunos errores más graves. Rousseau no es afecto á la inoculación de la vacuna; proscribía la medicina. Emilio está ya prevenido: debe portarse bien. No será llamado el médico sino cuando se halle en peligro de muerte. Prohíbe también Rousseau que se laye al recién nacido con vino, porque el vino es un licor fermentado y la naturaleza no produce nada fermentado. Del mismo modo, no permite ni un solo juguete fabricado por las manos del hombre; una rama de árbol, una cabeza de adormidera bastarán. Como se vé, Rousseau á fuerza de querer hacer de su discípulo

el hombre de la naturaleza, le acerca manifiestamente al hombre salvaje y le asemeja casi á la bestia.

Educación negativa. — Es evidente que en la primera edad, la aplicación de la educación negativa es menos peligrosa y más aceptable. En general, el preceptor de *Emilio* no será sino testigo inactivo, espectador inerte de la obra de la naturaleza. Si hubiera llegado Rousseau hasta el extremo de su sistema hubiera debido suprimir al preceptor para dejar al niño desarrollarse, enteramente solo. Pero si subsiste el preceptor no es para que obre directamente sobre Emilio, no es para llenar las funciones de profesor, enseñándole lo que importa que sepa un niño; es nada más para colocarle en el camino de los descubrimientos que debe hacer por sí mismo en el amplio seno de la naturaleza; es para disponer, para combinar artificial y laboriosamente las complicadas escenas que destina á reemplazar la educación ordinaria. Tal, por ejemplo, como la escena del titiritero: en ella Emilio debe recoger á la vez, nociones de física y de moral. Lo mismo que la conversación con el jardinero Robert, que le revela la idea de propiedad. El preceptor no es un maestro, es un maquinista. La educadora verdadera es la naturaleza, pero la naturaleza preparada, hábilmente ordenada para que sirva los fines que se propone uno alcanzar. Rousseau no admite más que la enseñanza de las cosas:

« No deis á vuestro discípulo ninguna clase de lección verbal: no debe recibir sino experiencia. »

« La regla más importante y más útil en toda educación no consiste en ganar tiempo sino en perderlo. »

Cuando mucho, el preceptor intervendrá con algunas palabras timidas y reservadas, para ayudar al niño en la interpretación de la naturaleza:

« Póngase las cuestiones á su alcance y déjesele resolver. Que no sepa cosa alguna porque se le haya dicho sino porque él la haya comprendido por sí mismo. »

« Es necesario dejar entregado al niño á sus propios esfuerzos en lo tocante al cuerpo como en lo referente al espíritu. »

« Que corra, que se divierta, que caiga cien veces cada día: tanto mejor, más pronto aprenderá á levantarse. El bienestar de la libertad rescata muchas heridas. »

En su repugnancia por lo que llama « la mania enseñadora y pedante », llega Rousseau hasta proscribir la educación de las costumbres:

« La única costumbre que debe dejarse adquirir al niño es la de no contraer ninguna. »

El niño tiene derecho á la felicidad. — No ha cesado Rousseau de pedir que se respete á la infancia en el niño y que se cuente con sus gustos y aptitudes. ¡Con cuánta elocuencia reclama en favor de él el derecho á la felicidad!

« Amad la niñez: favoreced sus juegos, sus placeres, su adorable instinto. ¿Quién de vosotros no ha echado de menos alguna vez la edad en que se tiene siempre la risa en los labios y en que el alma está siempre en paz? ¿Por qué queréis quitar á esos inocentes los goces de una época tan corta, que se escapa, y de un bien tan precioso y del cual no sabrían abusar? ¿Por qué llenar de amargura y de dolor esos primeros años tan rápidos, que no volverán jamás para ellos, como no pueden volver para vosotros? Padres, ¿acaso conocéis el momento en que espera la muerte á vuestros hijos? No preparéis remordimiento quitándoles los pocos momentos de goce que les da la naturaleza: desde que puedan sentir el placer de ser, haced que gocen, haced por que á cualquier hora que les llame Dios no mueran sin haber disfrutado de la vida. »

Proscripción de los ejercicios intelectuales. — Rousseau descarta de la educación de Emilio todos los ejercicios intelectuales que se emplean generalmente. Proscribe la historia so pretexto de que Emilio no puede comprender la relación de los acontecimientos. Toma como ejemplo el menosprecio de un niño á quien se habia contado la anécdota de Alejandro y de su médico: